



Matrimonio & Celibato apostólico

Dios crea nuevos corazones
para arder y alumbrar al mundo

Gerard Jiménez Clopés

E

Andrés Cárdenas Matute

Matrimonio & celibato

www.opusdei.org

© Copyright 2026 Fundación Studium

Índice

Introducción

Serán creados nuevos corazones

Amar de un modo nuevo

Los santos, casados y célibes, lo aprendieron

Un proceso que cuenta con nuestras flaquezas

Fuerza que podemos moldear junto a Dios

Para alumbrar, arder

Vivían bajo una nueva ley

La llamada a la paternidad y maternidad espirituales

Una necesaria limpieza de corazón

Cristo es la verdadera riqueza

Puestos a preferir, prefiere a los más débiles

Introducción

«Cuando vivas vida sobrenatural obtendrás de Dios la tercera dimensión: la altura, y, con ella, el relieve, el peso y el volumen» — San Josemaría.

Hay palabras que no se comprenden del todo en medio del ruido: reclaman silencio, espacio y un corazón dispuesto. Las llamadas de Dios suelen ser así. No se imponen; germinan. Basta que la mirada se eleve un poco —esa “tercera dimensión” de la que hablaba San Josemaría— para descubrir que la vida no es un plano continuo, sino un paisaje lleno de profundidad, de caminos que se abren, de una belleza que no habíamos sospechado.

En el centro de toda vocación cristiana, sea matrimonial o de celibato apostólico, resuena un único mandamiento nuevo: amar como Cristo nos ha amado (cfr. Jn 13,34). Esta medida divina del amor no se aprende del mundo: se recibe. Es un don que va modelando el corazón con paciencia, para ser capaz de entregarse sin cálculo, abrazar la vida tal como llega y hacerse fecundo incluso en lo oculto.

Los textos que siguen invitan precisamente a eso: a dejarnos crear de nuevo por Dios. Son una llamada a contemplar cómo el Espíritu Santo puede despertar en cada persona un modo singular de amar y de vivir desde la santidad de Dios: en unos, a través del matrimonio, donde lo cotidiano se vuelve sacramento; en otros, mediante el celibato apostólico, donde la ausencia de un amor exclusivo que no sea Jesucristo, abre el alma a una paternidad o maternidad espiritual sin límites.

La vocación —toda vocación— es un misterio de intimidad entre Dios y el alma; un diálogo suave que pide tiempo, hondura y escucha. Ojalá estas

páginas te ayuden a entrar en ese diálogo, y a dejarte amar y transformar por Aquel que hace nuevas todas las cosas.

Serán creados nuevos corazones

¿Cómo amar a Cristo, una persona viva a quien no vemos? ¿Y cómo amar a los demás como Él nos amó? En el matrimonio y en el celibato, el Espíritu Santo transforma nuestros sentidos para asemejar nuestro corazón al suyo.

Quienes caminaron con Jesús durante su paso por la tierra, ¿habrán imaginado durante aquellos años que en algún momento tendrían que continuar su existencia sin él? Al verlo morir en la cruz, ¿habrán vislumbrado cómo seguirían adelante, en su ausencia, todos los años que les quedaban por delante? Tarde o temprano tuvieron que hacer frente a esos pensamientos. Quizás por eso se apresuraron a custodiar cada momento. Verónica busca retener en un lienzo los rasgos de Cristo; la Virgen María, la Magdalena, y, cerca de ellas, san Juan, graban en su corazón cada gesto y cada palabra del Señor. Otros apóstoles quizá también trataron de conservar esos momentos, contemplándolos desde la distancia, por miedo a ser reconocidos. En todos los casos la separación fue dolorosa, pues nunca es fácil decir adiós a quien uno ama.

Tres días después de su muerte, sin embargo, Jesús vuelve. Podemos imaginar la alegría de los apóstoles. Quizás recuperaron una esperanza, más fuerte esta vez, de permanecer el resto de su vida junto al Maestro, seguros de que ya no se iría de nuevo. Los encuentros con los de Emaús, con María Magdalena y con los demás discípulos parecen apuntar a eso. «Quédate con nosotros» (*Lc 24,29*), le ruegan los que le habían encontrado alejándose de Jerusalén. Sin embargo, el Señor pide, a unos y a otros, de distintos modos, que no le retengan. «Suéltame» (*Jn 20,17*), le pide a María Magdalena, mientras que «desapareció» (*Lc 24,31*) de la presencia de los de Emaús.

Después de transmitir sus últimas enseñanzas a los apóstoles, parece que esta vez sí se marcha definitivamente: «Se alejó de ellos y comenzó a elevarse al cielo» (*Lc 24,51*).

¿Cómo entender esa separación anunciada y querida por el mismo Jesús? Más aún, ¿cómo entenderla cuando Él ya no estaba sujeto a las limitaciones del tiempo ni del espacio? Jesús resucitado podía aparecer en una casa cerrada, caminar junto a los discípulos sin ser reconocido y desaparecer en un instante. Ya no había distancias que lo separaran de los suyos, ni muros que impidieran su presencia. Podía estar donde quisiera, con quien quisiera, cuando quisiera. Y sin embargo, elige irse. Justo cuando nada lo ata, justo cuando le vemos manifestarse sin restricciones, decide subir al cielo. Esta elección, tan inesperada, nos habla de un misterio aún más profundo: su deseo de enseñarnos a amar de otro modo.

Amar de un modo nuevo

Posiblemente también nosotros hemos imaginado alguna vez lo ilusionante que habrá sido ver y oír a Jesús directamente, vivir en su época, sentirle físicamente más cerca. En alguna ocasión, como le sucedió a san Josemaría, habrá venido a nuestra mente un pensamiento como este: «¡Señor, que quiero darte un abrazo!»^[1]. Al igual que los discípulos de Jesús aquel día de la ascensión, también nosotros deseamos entender el sentido de esa separación. Quizás ese día regresaron a su mente unas palabras que Cristo había pronunciado tiempo antes: «Cuando me haya marchado y os haya preparado un lugar, de nuevo vendré y os llevaré junto a mí, para que, donde yo estoy, estéis también vosotros» (*Jn 14,3*). Jesús mismo les había dicho que esa separación era para atraernos hacia un lugar mejor y, esta vez sí, definitivo. Él «va delante de nosotros hacia el Padre, sube a la altura de Dios y nos invita a seguirlo»^[2]. Aunque resulte sorprendente, su ausencia será como un imán para que no nos detengamos aquí, sino para que nos acerquemos progresivamente a nuestro destino, al encuentro definitivo con Jesús.

Los primeros hombres y mujeres que siguieron al Señor resucitado tuvieron que aprender algo realmente nuevo, algo que nadie había tenido que realizar antes: aprender a amar a una persona viva, relacionarse realmente con ella en *presente*, pero sin tenerla físicamente cerca. Tuvieron que descubrir modos distintos de comunicarse y de expresar el afecto. La marcha de Jesús al cielo inaugura, para todos, un nuevo modo de amar. Los discípulos fueron los primeros que tuvieron que descubrir esa realidad que, ahora, vivimos todos los cristianos, pues a Jesús no le podemos amar exactamente del mismo modo como amamos a otra persona. Por ejemplo, ante su presencia real en la Eucaristía, nuestros sentidos quedan confundidos: «Se equivocan la vista, el tacto, el gusto»^[3], nos recuerda santo Tomás de Aquino. ¡Qué modo tan peculiar de entrar en intimidad con alguien! Puede, en un primer momento, parecernos insuficiente, y por eso supone una nueva educación de los sentidos; un proceso que no será inmediato, ni se llevará a cabo sin esfuerzo. «¡Ay, quién podrá sanarme! —decía san Juan de la Cruz que, como todos, vivió constantemente este aprendizaje—. Acaba de entregarte ya de veras; no quieras enviarde hoy más ya mensajero, que no saben decirme lo que quiero»^[4].

Aprender a relacionarse con un Dios que se muestra y que a la vez se esconde no es cuestión de un día, ni solamente tarea de nuestro propio ingenio. Desde el inicio, los mismos apóstoles necesitaron una ayuda especial para entrar en ese modo nuevo de conocer y de amar. Jesús les prometió esa ayuda, que sería el Espíritu Santo, pues Él es quien «les manifiesta al Señor resucitado, les recuerda su palabra y abre su mente para entender su Muerte y su Resurrección. Les hace presente el misterio de Cristo (...) para conducirlos a la comunión con Dios»^[5]. Por esto, en un famoso himno de la tradición cristiana, le pedimos al Espíritu Santo que despierte en nosotros los sentidos espirituales: «Ven, Espíritu Creador, visita las almas de tus fieles y llena de la divina gracia los corazones que Tú mismo creaste. (...) Enciende con tu luz nuestros sentidos, infunde tu amor en nuestros corazones y, con tu perpetuo auxilio, fortalece nuestra débil carne»^[6].

Los santos, casados y célibes, lo aprendieron

Todos los cristianos, solteros y casados, jóvenes y ancianos, sacerdotes y laicos, necesitamos aprender este juego de dejarnos atraer por un Dios que se manifiesta y se esconde de un modo particular. Quizás en quienes han recibido el don del celibato o en las personas solteras se puede ver con mayor claridad esta necesidad de aprender a amar por la fe, pues su vida, también destinada a dar y recibir amor, no cuenta con la presencia física de una persona con la cual compartir su existencia y su intimidad. Sin embargo, también en la vida matrimonial es Jesucristo el único que colma totalmente la necesidad de amor de cada cónyuge. En unos y otros, al igual que con los primeros discípulos, es el Espíritu Santo quien hace posible esa transformación.

Eduardo Ortiz de Landázuri^[7], médico supernumerario del Opus Dei, casado con Laura Busca, relataba que, de san Josemaría, aprendió sobre todo dos cosas: amar a todas las personas, con sus normales defectos y limitaciones, porque veía en cada una a un hijo de Dios; y también descubrir en las actividades normales de cada día una profundidad sobrenatural, espiritual, divina^[8]. Ambas cosas suponen ver más allá de la superficie, de lo que aparece ante nuestros ojos, captar el verdadero valor de las personas y hasta de las cosas más pequeñas. «La gente tiene una visión plana, pegada a la tierra, de dos dimensiones —escribía san Josemaría—. Cuando vivas vida sobrenatural —añadía— obtendrás de Dios la tercera dimensión: la altura, y, con ella, el relieve, el peso y el volumen»^[9]. Esta manera nueva de mirar la realidad es importante de manera especial en los momentos difíciles. Eduardo relataba, años después, en un periódico, cómo estaba viviendo su enfermedad, ya que le habían diagnosticado un cáncer. Ante su testimonio, otro enfermo le escribió una carta de agradecimiento, y le expuso lo inspirador que le había resultado, aun siendo él ateo. Frente a esto, Eduardo respondió: «Puedes tener la seguridad de que, como médico, estoy totalmente convencido, de que el Señor acampa siempre junto al enfermo. Les hace mucho bien. Sus oídos son mucho más sensibles y su vista más profunda»^[10].

Los santos son los maestros de las señales discretas de Dios y quienes mejor han aprendido a mirar, comprender y amar de ese modo nuevo. San Josemaría aprendió a reconocer la presencia de Dios en lo que podría parecer más banal. En su adolescencia, al ver las huellas de unos carmelitas en la nieve, se encendió en él la chispa de la vocación; en sus primeros años de sacerdocio, viviendo con pocos recursos, se atrevió a pedirle a su ángel de la guarda que le despertara por las mañanas; más adelante, durante la guerra civil española, salió de una gran turbación interior cuando, al encontrar una rosa de madera —parte de un retablo de una iglesia destruida—, comprendió que debía ir adelante en su camino; y posteriormente, durante su vida y como parte de ese aprendizaje alcanzado, le gustaba decorar la casa en la que vivía con objetos que despertaran el sentido de la presencia de Dios, esta nueva manera de comunicarse con Jesús. Los santos han aprendido a guiarse y a amar por los sentidos espirituales. Su tarea ahora es «despertar el deseo de Dios en quienes tienen la dicha de acercarse a ellos»^[11].

Un proceso que cuenta con nuestras flaquezas

Cuando Jesús sube al cielo y envía su Espíritu para, de este modo, estar junto a cada uno de nosotros, de un modo nuevo, «todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20), ¿qué es exactamente lo que quería entregarnos? ¿Qué es lo que nos sigue ofreciendo? Jesús conoce nuestras dificultades para conocerle y para amarle. «No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades» (Hb 4,15), dice san Pablo. Jesús sabe que el anhelo de comunión que reside en nosotros ha quedado herido por el pecado, lo cual hace que muchas veces actuemos a tientas, con expectativas falsas, con una conciencia equivocada de nuestro propio valor. Y el Espíritu Santo viene a curar en todos, solteros y casados, ese anhelo de dar y recibir amor. Dios viene a facilitar que encontremos la verdadera fuente de la vida, que es Él mismo: «Tiene sed de que el hombre tenga sed de Él»^[12].

El Espíritu enviado por Cristo viene a *rescatar* la capacidad de los discípulos para conocerle y amarle, sirviéndose incluso, en algunas ocasiones, de sus mismos pecados. Pedro, por ejemplo, aprende que su traición no tiene la última palabra, y que aquello no debe nublar ni su vista ni su corazón. Jesús mismo enciende de nuevo su vida, preguntándole por el verdadero amor que está en el fondo de su corazón, para lanzarlo nuevamente a la misión: «Apacienta mis ovejas» (v. 17). La resurrección de Cristo y el envío del Espíritu Santo en Pentecostés nos recuerdan que podemos recibir un fuego para conocer y amar de modo nuevo, tengamos la edad que tengamos o suceda lo que pueda suceder. Ernesto Cofiño^[13], ya pasados los cincuenta años de edad, decidió abrirse más intensamente a este trabajo del Espíritu Santo. Su esposa se dio cuenta de que estaba sucediendo algo nuevo y, quizá para alentar ese impulso, dijo a quien ayudaba espiritualmente a Ernesto: «¡Yo no sé lo que ustedes han hecho con mi marido (...) pero es una maravilla!»^[14]. Esta oferta del Señor —esta gracia— la pueden tomar «todos los que tengan el corazón grande, aunque hayan sido mayores sus flaquezas»^[15].

Fuerza que podemos moldear junto a Dios

Una vez llenos del Espíritu Santo, el Señor nos impulsa a la misión de modos muy variados. A María Magdalena la envía a anunciar a los apóstoles que ha resucitado; a los apóstoles los envía a proclamar el Evangelio a todo el mundo; a Marta, María y Lázaro podemos imaginarlos como un modelo de acogida a Cristo en el propio hogar; y así, cada santo es un despliegue de amor, impulsado en el amor de Dios. Esa maleabilidad o flexibilidad de nuestra capacidad de amar es una característica natural de la persona humana que el Señor refuerza. Gracias a la libertad, no estamos esclavizados necesariamente a nuestros impulsos, como lo está la vida animal, sino que somos capaces de escoger qué amar, cuánto amar y cómo amar.

En las personas casadas, esa flexibilidad permite dar forma a la vida matrimonial según las fases de la vida. El amor que se experimenta al inicio

del noviazgo adquiere matices distintos con el tiempo, o con la paternidad y la maternidad, y puede seguir desarrollándose al afrontar los momentos de bonanza y de crisis. Cuando el amor de Dios está en el centro de ese proyecto, el matrimonio encuentra un ancla y una fuente inagotable de amor y de vida. Tomás Alvira^[16], ya en su madurez, en una conferencia que impartió a abuelos, sacando partido de su propia experiencia les decía: «¿Qué son setenta u ochenta años para una eternidad? Nada. Se ha dicho que, comparado con la eternidad, todo hombre es siempre joven (...). Un chico de dieciséis o dieciocho años, con músculos bien desarrollados, se siente joven al ayudar a levantarse a una persona mayor, o al ayudarle a transportar un objeto pesado. Una persona mayor no tiene los músculos tensos para poder realizar esas operaciones, pero sí puede tener tenso el espíritu, sentirse joven espiritualmente, y ayudar a los chicos de pocos años, a los nietos, abriéndoles caminos, señalándoles rutas de buena andadura que conoce por su experiencia»^[17]. Así, unos y otros, van descubriendo la manera de amar propia de su edad, impulsada por el Espíritu Santo que conserva un amor siempre joven, que brota del eterno e infinito corazón de Dios.

La flexibilidad de esa fuerza, de ese amor, también se constata cuando aparece su carácter errático, es decir, cuando surge con vigor y no logramos encauzarlo como quisiéramos. Lo vemos, por ejemplo, en las infidelidades, así como en quienes alimentan deseos mundanos o en quienes generan relaciones tóxicas o abusivas. Estos casos suelen ser expresión de una forma incontrolada del deseo de amar y ser amados, que muestra hasta qué punto el pecado original ha debilitado la condición humana. «Me siento capaz de todos los horrores y de todos los errores que han cometido las personas más ruines»^[18], decía san Josemaría. Por esto, podemos concluir con san Agustín: «Insondable abismo es el hombre, Señor, (...) mucho más fáciles son de contar sus cabellos que no sus afectos y los movimientos de su corazón»^[19].

Con todo, la vida de Cristo nos recuerda que la grandeza que encierra esa fuerza para amar puede ser no solo rescatada, sino también

maravillosamente moldeada por el Espíritu Santo. Y esto se aplica también en situaciones en las que ha fracasado un intento de vida matrimonial, o en tantas ocasiones de especiales dificultades. Vemos cómo el amor de Jesús acoge con ternura a todos: tanto a los niños como a las personas ancianas más necesitadas; fortalece a los apóstoles más jóvenes y a los que parece que tienen ya una vida hecha; ofrece su amistad a los que llevarán la semilla del Evangelio lejos de su lugar natal y a quienes evangelizarán desde su hogar. También dedica abundante atención a quienes se consideran adversarios suyos, de entre los fariseos, saduceos y maestros de la ley e, incluso, procura atraer hasta el final a quien acabará por entregarle, a Judas Iscariote. En definitiva, su amor se dirige no solo a su propia familia de Nazaret, a sus amigos cercanos o a los de su región, sino a todo aquel que desea abrirse al amor de Dios, esté en la circunstancia que esté: esa es su familia (cfr. Mc 3,35).

Esa gran flexibilidad de la capacidad de amar que Cristo quiere que surja también en nosotros —sostenida, potenciada y moldeada por el Espíritu Santo— es la que hace posible la grandeza tanto del matrimonio como del celibato, en casados y en solteros. El torrente de amor que brota en el corazón humano puede dirigirse tanto al cónyuge y a la propia familia, como transferirse —a imagen de Jesús— hacia *la gran familia* del Señor, viviendo del modo en que Él mismo lo hizo. El Espíritu Santo habita esa flexibilidad de nuestra capacidad de amar, y eleva cualquier camino humano. Por esto, siguiendo las enseñanzas de san Josemaría, el prelado del Opus Dei Mons. Fernando Ocáriz recuerda que «el matrimonio es un “camino divino en la tierra”», y que, a su vez, el celibato es «una llamada a una especial identificación con Jesucristo, que comporta también, incluso humanamente, pero sobre todo sobrenaturalmente, más capacidad para querer a todo el mundo. De ahí que el celibato, que prescinde de la paternidad y de la maternidad físicas, haga posible una maternidad o paternidad espirituales mucho más grandes»^[20]. Por eso, reza la tradicional oración al Espíritu Santo: «Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles. Enciende en ellos el fuego de tu amor. Envía tu Espíritu, serán

creadas todas las cosas y renovarás la faz de la tierra». Entonces, en célibes y casados, en solteros y en viudos, serán creados nuevos corazones.

Con la ausencia física de Cristo y con la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés, los apóstoles empezaban una etapa distinta. Todo seguía igual y, al mismo tiempo, todo cambiaba. En cierto sentido, la misión ahora estaba *más en sus manos*. Seguirían haciendo lo mismo, pero con una *autonomía* especial. Este hecho muestra hasta qué punto el Señor valora y confía en nuestra libertad para seguir buscándole y para seguir comprendiendo y decidiendo el rumbo de nuestra misión. Por esto, en cualquier camino al que nos llame Dios, el crecimiento como apóstoles pasa por formar verdaderamente *un equipo* con el Espíritu Santo. Aunque la felicidad aquí en la tierra pueda ser un poco huidiza, la persona que vive en el Espíritu Santo muestra que, tanto en los éxitos como los fracasos, el Señor sigue presente y sigue atrayéndonos hacia sí. Con su gracia transforma progresivamente nuestros sentidos, para evitar que nos detengamos y para que descubramos hasta qué punto desea que crezcamos en su amor, para después abrazarnos definitivamente en el cielo.

Para alumbrar, arder

Vivir como Cristo, tanto en el matrimonio como en el celibato, lleva a acoger un estilo de vida nuevo que nos regala el Espíritu Santo: un amor fecundo, un corazón limpio y una preferencia por las riquezas de Dios y el cuidado de los más necesitados, al estilo del Evangelio.

A mediados de los años cincuenta después de Cristo, Suetonio escribe que el emperador Claudio «expulsó [de Roma] a los judíos que, impulsados por Chresto, provocaban altercados con frecuencia»^[21]. A ojos de la autoridad romana, había un grupo motivado por un tal «Chresto», al que suponían vivo, aunque los de Jerusalén insistían en que había muerto crucificado: se trataba de los cristianos procedentes de Judea que posiblemente habían viajado a la capital del imperio para anunciar la vida de Jesús resucitado.

Ellos habían comprendido que a aquella misión no estaban llamados solo los doce apóstoles, sino todos los discípulos de Cristo de todos los tiempos. Lo recuerda san Pablo a una de las primeras comunidades: «Sois una carta de Cristo» —les dice— que ha sido redactada en vuestros corazones «con el Espíritu de Dios vivo» (2Cor 3,3). Todos estaban llamados a ser, con su vida, un mensaje para los demás escrito por el mismo Cristo.

En aquel grupo muchos estaban casados, como «el centurión Cornelio, que fue dócil a la voluntad de Dios y en cuya casa se consumó la apertura de la Iglesia a los gentiles (*Hch* 10,24-48); Aquila y Priscila, que difundieron el cristianismo en Corinto y en Éfeso y que colaboraron en el apostolado de San Pablo (*Hch* 18,1-26); Tabita, que con su caridad asistió a los necesitados de Jope (*Hch* 9,36)»^[22]. Otros muchos, en cambio, no abrazaban el matrimonio por distintas razones, entre ellas, haber recibido el don del celibato, como una llamada a unirse también a ese aspecto de la vida de Jesús. Así relata Galeno —un famoso médico pagano— en torno al año 200 que también «hay entre ellos mujeres y varones que se han abstenido de la unión sexual toda su vida»^[23]. En la misma época, san Justino da testimonio de lo mismo: «Muchos hombres y mujeres, ya septuagenarios, que son cristianos desde su juventud, se conservan vírgenes»^[24]. ¿Qué había de novedoso en el mensaje o en el estilo de vida de aquellos cristianos, casados y solteros, viudos y célibes, para que hubiera hecho temer al mismo emperador?

Vivían bajo una nueva ley

«Haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (*Mt* 28,19): con esta frase el Señor envía a los apóstoles —y nos sigue enviando— a todo el mundo. Además, Jesús añadió que, allí donde fueran, enseñasen «a guardar todo cuanto os he mandado» (*Mt* 28,20). Si estas palabras llegaron a oídos del emperador Claudio, sería comprensible que este se hubiera llenado de nerviosismo, pues Jesucristo estaba estableciendo una nueva ley que, al parecer, afectaba a cualquier territorio, incluido el suyo. El mandamiento de Cristo, sin

embargo, era muy distinto de lo que quizá imaginaba: la ley de los discípulos —que les distinguiría si la vivían— no era otra que amar como Él mismo amó.

Jesús definió esa peculiar ley como el «mandamiento nuevo» (cfr. *Jn* 13,34) y, en buena medida, es siempre nuevo, pues no es sencillo aprender a amar así. Si observamos a nuestro alrededor, hay muchos cantos de sirena que nos invitan a vivir de otro modo, a amar a ídolos, interiores o exteriores. Y si miramos dentro de nosotros, también nos sobran motivos para evidenciar lo delicado que puede ser incluso amarnos así a nosotros mismos: con el paso del tiempo acumulamos tensiones, fracasos, miedos, que van golpeando nuestra propia autoestima. ¿Quién puede amar a Dios, a uno mismo y al prójimo como Jesús lo hizo?

Acoger la realidad como amada por Dios, sin devolver mal por mal, sin buscar la justicia por nuestra cuenta, tratando de ver cómo podemos amarla también nosotros, es parte de «guardar lo que él ha enseñado». En las bodas, los esposos se declaran mutuamente: «Yo te recibo a ti y me entrego a ti, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarte y respetarte todos los días de mi vida». En cierto sentido, Dios realiza esto mismo con nosotros; nos promete que, junto a Él, toda realidad puede ser habitable. Incluso en lo más oscuro —desgracias, enfermedades, injusticias, infidelidades, fracasos— podemos descubrir un misterioso significado, una tenue luz y, con su ayuda, podemos comprender de qué modo «todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios» (*Rm* 8,28).

La beata Guadalupe^[25] decía que, para realizar el apostolado del Opus Dei, estaría «contenta donde me necesiten»^[26], pues sabía que cualquier circunstancia era propicia para vivir ese nuevo mandamiento de Jesús, esa nueva ley del amor que invita a todos a vivir en una lógica distinta. Por eso «su proyecto de vida quedó engrandecido al situarse dentro del plan divino: Guadalupe se dejó llevar por Dios, con alegría y espontaneidad, de un lugar a otro, de un trabajo a otro. El Señor potenció sus capacidades y talentos, desarrolló su personalidad y multiplicó los frutos de su vida»^[27]. Las vidas

de los santos nos recuerdan lo que es vivir bajo ese nuevo imperio que vence el egoísmo con el amor de Cristo que se encarna en los cristianos.

La llamada a la paternidad y maternidad espirituales

Por esto, es lógico que los discípulos hayan comenzado a ver con otros ojos a las personas; ya no veían distinciones nacionales o de cualquier otro tipo, sino buscaban amar desde el corazón misericordioso de Dios a judíos, samaritanos, galileos, romanos, griegos o persas. Imitando a Jesús, adquirían poco a poco un corazón de padre y de madre, pues estaban llamados a comunicar una vida nueva, a dar a luz en la fe a tantas personas. San Gregorio de Nisa señala que el motivo por el que Jesús fue célibe era precisamente que venía al mundo no para generar hijos nacidos de la sangre o de la carne (cfr. *Jn* 1,13), sino para darnos la vida sobrenatural, engendrándonos como hijos de Dios^[28]. Todos los cristianos —seguidores de Jesucristo—, solteros y casados, estamos llamados a esa paternidad o maternidad espirituales.

Vivir ese nuevo tipo de paternidad o maternidad es la misión más alta de toda persona. Así como el Génesis subraya la vocación a la paternidad y a la maternidad físicas (cfr. *Gn* 1,28), se podría decir que los primeros discípulos, herederos de un *nuevo* género humano a partir de la Resurrección del Señor, fueron llamados a una *nueva* paternidad y maternidad en Cristo. La misma beata Guadalupe en varias ocasiones, al escribir a san Josemaría, no puede ocultar su alegría al ver crecer esta vida nueva en las personas que estaban a su alrededor, especialmente las estudiantes de la residencia en la que vivía: «A veces, al verlas a todas contentas y trabajando bien, nos parece que ya lo hemos conseguido todo, y nos olvidamos de que nuestra labor es nada menos que enseñarles a ser santas siéndolo nosotras»^[29].

Los cónyuges reciben esa fecundidad especialmente a través de la gracia del matrimonio, pero no solo allí. Con el Espíritu Santo y los demás sacramentos, disponen siempre de luz y fuerza nuevas para cuidarse

mutuamente y para educar a los hijos —cuando llegan— nutriéndolos con la vida de Dios. Quienes no tienen hijos también pueden descubrir esa fecundidad al encender el amor de Dios en personas y lugares que quizá no hubieran imaginado. Y es el mismo Espíritu Santo quien también concede una gracia especial a las personas solteras o a quienes han recibido el don del celibato: con ella imitan la vida de Cristo en el modo particular de cuidar y de dar la vida espiritual a tanta gente.

En la vida de Marcelo Câmara^[30], supernumerario del Opus Dei que falleció muy joven, observamos clara esa paternidad espiritual. Cuenta un amigo suyo que, cuando se sentía triste, trataba de hablar con Marcelo: «Allí estaba yo —dice ese amigo al recordar uno de esos momentos—, experimentando una vez más esa sensación, como si por unos segundos hubiera sentido a Cristo muy cerca, cuidándome, animándome en mi fe. Un sentimiento de paz indescriptible»^[31]. Algo similar recuerdan los alumnos de Arturo Álvarez^[32], agregado del Opus Dei, ingeniero y profesor mexicano. En una carta que le escribieron, decían: «Un maestro es aquel que aparte de impartir su cátedra, da a sus alumnos parte de su propio ser, de su filosofía de vida y de su credo. Al dar su clase cada mañana vemos cómo en cada actividad busca la oportunidad de realizarse, de santificarse (...). Es un maestro que dejará una firme huella en nuestra vida»^[33].

Una necesaria limpieza de corazón

Jesús, durante los delicados momentos de la Última Cena, dice a los apóstoles: «Vosotros estáis limpios»; aunque acto seguido añade: pero «no todos», en referencia a Judas (cfr. *Jn* 13,10). Hay aquí otra pista sobre esta nueva vida a la que invita a los apóstoles: un estilo de vida «limpio», es decir, coherente y en sintonía con Él, y que encuentra en el corazón de Jesús la mejor manera de amar a los demás. Y esta llamada es para todos, en cualquier estado en el que uno se encuentre. San Josemaría lo comprendió bien, por lo que escribió: «Os prometo un libro —si Dios me ayuda— que podrá llevar este título: “Celibato, Matrimonio y Pureza”»^[34]. La limpieza de corazón es fuente de fecundidad para unos y para otros. Aunque el

fundador del Opus Dei no llegó a escribir ese libro, deseaba expresar que todos pueden ser igualmente bendecidos con la fecundidad cuando encuentran la fuente de su vida en el amor de Dios y en el amor a los demás, en ese «nuevo mandamiento». A los casados les decía: «Yo veo el lecho conyugal como un altar»^[35]. Y a los célibes: «¿Ansia de hijos?... Hijos, muchos hijos, y un rastro imborrable de luz»^[36].

Quizás podemos comprender mejor esa «limpieza» de la que habla el Señor al mirar con un poco más de perspectiva la historia de Judas. Los elevados planes y ambiciones que albergaba estaban mezclados con una mundanidad a la que no quiso renunciar. Al final, sin sentirse bendecido ni siquiera con las treinta monedas de plata que él mismo negoció, acabó aborreciendo todo lo demás que tenía: ese dinero, el ser contado entre los apóstoles, y hasta su propia vida. Todo lo que se aleja de esa limpieza de corazón se termina por revelar como un vil engaño que nos defrauda, que nos aleja de nuestra verdadera felicidad. Las tentaciones de Jesús en el desierto son elocuentes en este sentido: muestran cómo el diablo, prometiendo algo de pan, de gloria y de honor, en realidad está interesado en que Jesús se desvíe y deje de realizar los planes divinos. El demonio es capaz de seducir con algo bueno con tal de desviar a alguien de la misión que da sentido a su propia vida. La tentación no reside tanto en «apropiarse» de unos bienes, pequeños o grandes, sino en que esos bienes nos atrapen y nos impidan dedicar las mejores energías al servicio de Dios y de los demás.

Esa «limpieza de corazón», aunque se fragua en el fondo del alma, se manifiesta también en el exterior, muchas veces en pequeños gestos. En la vida matrimonial puede ser vital el modo detallista de relacionarse, recordar aniversarios, sorprender al otro conociendo sus gustos, etc. En el matrimonio Alvira^[37], por ejemplo, vemos cómo «al comprar su ropa, Paquita elegía frecuentemente colores que le gustaban a su marido»; y a su vez, «cuando iban al cine, Tomás se las ingenaba para ir encantado a las películas... con las que sabía que ella disfrutaría más»^[38]. La persona célibe también comunica, con palabras y actitudes, que está llamado a dar vida sobrenatural y que el amor de su vida tiene un nombre; aprende a ser

comprendsivo con todos, sensible a las necesidades de los demás; aprende también a no enviar mensajes equívocos, que puedan transmitir mal el compromiso de su vida y de su intimidad. «El celibato apostólico —afirma el Prelado del Opus Dei—, al comportar un compromiso de corazón indiviso para Dios, ha de notarse en un tenor de vida entregada, análogo al de una persona casada, que no se comporta como si no tuviera ningún compromiso»^[39].

Cristo es la verdadera riqueza

Esa «limpieza» de la que Jesús habla en la Última Cena nos ofrece aún otra enseñanza. Sabemos que el hecho de que Judas no estuviera limpio se debió, al menos en parte, a que dejó crecer en su interior un afán desordenado por las riquezas (cfr. *Jn* 12,6). No sabemos qué cantidades de dinero manejaba el grupo de los doce. No sería una gran fortuna, pero sí tenían lo suficiente para valerse por sí mismos y para atender a los más necesitados. Cuando Jesús dice a Judas «lo que vas a hacer, hazlo pronto», los demás pensaron que, como tenía la bolsa del dinero, le estaba pidiendo que comprase lo necesario para la fiesta o que diera algo a los pobres (cfr. *Jn* 13,27-29).

Esa «limpieza» a la que el Señor invita a sus apóstoles incluye también el orden en nuestra relación con lo material; es un recordatorio elocuente de lo decisivo que es confiar en Dios y, por tanto, vivir con la convicción de que los bienes materiales están para impulsar nuestra misión espiritual. Al enviar a setenta y dos discípulos a anunciar el Reino, así como en muchos otros momentos, Jesús insiste en no cargar con cosas superfluas, en no atesorar sin sentido, en no preocuparse desordenadamente por los bienes de la tierra. Porque es fácil que nuestro corazón se aficione, se apegue a esas seguridades, que deje de brillar la tenue luz del Espíritu Santo para dar paso al falso resplandor de la avaricia. Por eso, no es extraño ver en los inicios de la Iglesia a los apóstoles repartiendo bienes a los más necesitados con magnanimidad (cfr. *Hch* 4,34; 24,17; *1Cor* 16,1-4; *Gál* 2,10; y otros) y siempre, teniendo o no riquezas, mostrando cuál era la fuente esencial de su

misión: «No tengo plata ni oro —dijo san Pedro a un paralítico—; pero lo que tengo, te lo doy: ¡En el nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda!» (*Hch* 3,6).

El cristiano aprende a amar «en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad»: unos llegando a fin de mes haciendo malabares con las cuentas, otros buscando con creatividad cómo poner los bienes al servicio de los demás. El matrimonio Alvira señala que consiguió un verdadero «milagro económico»^[40] al sacar adelante la carrera de todos sus hijos. Toni Zweifel^[41], numerario suizo del Opus Dei, por su parte, también es recordado como alguien que «llevó una vida generosa y sobria»^[42]; pero aquello era el fruto maduro de un recorrido que empezó siendo un joven profesional. Se cuenta que antes de descubrir su vocación como numerario contaba con un coche deportivo, un regalo de su padre como premio a su buen expediente de estudiante de ingeniería^[43]. Cuando acogió el celibato apostólico, «muy pronto dio a entender a su padre que necesitaba un modelo de coche más adecuado a sus condiciones de vida, y consiguió que lo cambiara por otro más útil para la residencia: un Saab de siete plazas»^[44] que resultó esencial en la vida de todos. En definitiva, aprendió a utilizar los bienes de modo que contribuyeran a reforzar su misión de apóstol.

Puestos a preferir, prefiere a los más débiles

Existe un rasgo peculiar del estilo de vida de un apóstol que es una consecuencia de los anteriores. Saberse apóstol, aprender a amar siempre y a todos como Cristo, vivir con un corazón limpio y anclado en los bienes de Dios, permite sentir predilección —también como Cristo— por los más débiles y necesitados. Jesús, en efecto, cura a los enfermos, alaba a los sencillos de corazón, se preocupa por los niños, se compadece de los pecadores. Se podría decir que, puestos a preferir, Jesús prefiere a los más débiles y a los más necesitados, a los que se sienten perdidos, en desventaja, desprotegidos. Cuando los discípulos de Juan Bautista quieren saber si él es el Mesías, les manda a decir: «Anunciadle a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los

sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia el Evangelio. Y bienaventurado el que no se escandalice de mí» (*Mt* 11,4-5).

¿Por qué Jesús nos pone en guardia frente a la posibilidad de escandalizarnos de Él? Quizá porque los hombres solemos tener otras prioridades. Se ha descrito el corazón humano como una «máquina de preferir y desdeñar»^[45], y en buena medida es verdad, pues tendemos a querer lo que nos gusta y a rechazar lo que nos molesta. Tal vez nos surge de manera espontánea acercarnos a quienes nos benefician y alejarnos de quienes nos incomodan; queremos los primeros lugares y estamos dispuestos a atropellar a los demás para alcanzar algún bien. En cambio, los discípulos del Señor están llamados a ser aquellos que, habiendo purificado su corazón, sus afectos y sus sentidos, priorizan las personas y ámbitos que están más sedientos de la vida de Cristo; se dejan *impresionar* por lo que supone un tesoro para el Señor.

Pedro Ballester^[46], por ejemplo, supo detectar «que había un niño de ocho años en el vecindario que no tenía con quien jugar. Aunque le llevaba varios años, Pedro le invitó a jugar a su casa. Desde entonces, aquel niño llamaba a la puerta de los Ballester con bastante frecuencia»^[47]. También nosotros podemos detectar, entre los que tenemos cerca, a los más pobres de amor de Dios, es decir, a los tristes, cansados, inoportunos o descartados, por edad o enfermedad. «—Niño. —Enfermo. —Al escribir estas palabras —pregunta san Josemaría—, ¿no sentís la tentación de ponerlas con mayúscula? Es que, para un alma enamorada, los niños y los enfermos son él»^[48].

En la Obra, san Josemaría también quiso que se cuidara de modo especial a los más necesitados. Por esto, enseñó a formar a la juventud atendiendo a los pobres, dando catequesis a los niños, impulsando iniciativas sociales en muy diversos ambientes. Y con sensibilidad paternal pidió a todos los miembros del Opus Dei que rezasen cada día a la Virgen la oración *Memorare* de san Bernardo («Acordaos», en castellano) pidiendo por la persona de la Obra que más lo pudiera necesitar. Isidoro Zorzano, que fue uno de los primeros miembros de la Obra, muestra cómo esa realidad la vivían ya durante la guerra civil española. Isidoro, que tenía libertad de

movimientos por su nacionalidad argentina, podía visitar a los miembros del Opus Dei que estaban escondidos en Madrid. Entre todos, no esconde que tenía a un preferido: Vicente Rodríguez Casado. Decía Isidoro con sencillez: «Le veo con frecuencia y es el que está más solo»^[49].

«Lo que ha de alumbrar tiene que arder»^[50], dice un poeta contemporáneo. En efecto, el fuego interior de la vocación cristiana es aquello que necesitamos custodiar y alimentar para ser, como decía san Pablo a los de Corinto, «una carta de Cristo» que ha sido «escrita no con tinta sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra sino en tablas que son corazones de carne» (2Co 3,3). Ese fuego, tanto en solteros como en casados, y en quienes han recibido el don del celibato, se enciende en el amor de Cristo, se propaga en otros fuegos, purifica el corazón, y busca dar calor a quienes más lo necesitan.

[Volver al inicio](#)

Notas

- [1] Pilar Urbano, *El hombre de Villa Tevere*, Rialp, Madrid 1986, 207.
- [2] Benedicto XVI, Homilía, 26 de mayo de 2005.
- [3] Santo Tomás de Aquino, Himno *Adoro te devote*.
- [4] San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*, Canción 6-7.
- [5] Catecismo de la Iglesia Católica, n. 737.
- [6] Himno *Veni Creator*.
- [7] Eduardo Ortiz de Landázuri (1910-1985) fue un médico español especializado en medicina interna, reconocido por su labor en la Clínica Universidad de Navarra. Destacó por su profunda conciencia de la vocación cristiana y su dedicación a la atención de los pacientes, siendo declarado venerable por la Iglesia Católica en 2020.
- [8] Cfr. Esteban López-Escobar, Pedro Lozano, *Eduardo Ortiz de Landázuri*, Palabra, Madrid 1994, 267-268.
- [9] San Josemaría, *Camino*, n. 279.
- [10] Juan Antonio Narváez Sánchez, *El doctor Ortiz de Landázuri. Un hombre de ciencia al encuentro con Dios*, Palabra, Madrid 1997, 177.
- [11] San Juan Pablo II, Homilía, 18 de octubre de 1991.
- [12] San Agustín, *De diversis quaestionibus octoginta tribus* 64, 4. Citado en el Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2560.
- [13] Ernesto Cofiño (1899-1991) fue un médico y pediatra guatemalteco, pionero en la salud infantil en su país. Dedicó su vida al cuidado de los niños y a la docencia, influyendo con su vida cristiana en numerosas iniciativas sociales. Fue miembro del Opus Dei y su causa de beatificación está en proceso.

[14] José Luis Cofiño, José Miguel Cejas Arroyo, *Ernesto Cofiño*, Rialp, Madrid 2003, 122.

[15] San Josemaría, *Instrucción*, 1-IV-1934, n. 66. Citado en Andrés Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, vol. I, Rialp, Madrid 2010, 577.

[16] Tomás Alvira (1906-1992) fue un educador y científico español, doctor en Ciencias y catedrático de instituto. Miembro del Opus Dei, destacó por su compromiso con la formación de los jóvenes y su ejemplo de vida cristiana en el matrimonio y la familia. Su causa de beatificación está en proceso.

[17] Alfredo Méndiz, *Tomás Alvira. Vida de un educador (1906-1992)*, Rialp, Madrid 2023, 289-290.

[18] San Josemaría, *Vía Crucis*, capítulo XIV.

[19] San Agustín, *Las Confesiones*, Libro IV, XIV, 2.

[20] Mons. Fernando Ocáriz, Carta pastoral, 20 de octubre de 2020, n. 22. La cita interna es de san Josemaría, recogida en *Conversaciones*, n. 92.

[21] Suetonio, *Vitae XII Caesarum. Vita Claudii*, XXV, 3. En la versión original se lee: «Iudeos impulsore Chreste assidue tumultuantes Roma expulit».

[22] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 30.

[23] Galeno, *Libro de sententiis Politiae Platonicae*, recogido por Abu Al-Fida Ismail Ibn-Ali, *Abulfedae Historia Anteislamica Arabice*, F. C. G. Vogel, Lipsia 1831, 109. En la versión original se lee: «Sunt enim inter eos, et foeminae et viri, qui per totam vitam a concubitu abstinuerint». Galeno nació en Pérgamo (Turquía) alrededor del año 130 y falleció en el 201. Fue médico de la corte imperial en tiempos de Marco Aurelio, así como de su hijo Cómodo y de los siguientes emperadores.

[24] San Justino, *Apología I*, 15, 6-7.

[25] Guadalupe Ortiz de Landázuri (1916-1975) fue una química y docente española, una de las primeras mujeres del Opus Dei, siendo numeraria. Destacó por su entrega a la educación y su labor evangelizadora en España y América Latina. Fue beatificada en 2019.

[26] María del Rincón, María Teresa Escobar, *Letras a un Santo. Cartas de Guadalupe Ortiz de Landázuri a san Josemaría Escrivá*, Oficina de Información del Opus Dei, edición impresa de 2018, 67.

[27] Mons. Fernando Ocáriz, *mensaje* del 9 de abril de 2019.

[28] Cfr. San Gregorio de Nisa, *De Virginitate* 2, 1, 1-11.

[29] María del Rincón, María Teresa Escobar, *Letras a un Santo. Cartas de Guadalupe Ortiz de Landázuri a san Josemaría Escrivá*, Oficina de Información del Opus Dei, edición impresa de 2018, 88.

[30] Marcelo Henrique Câmara (1979-2008) fue un laico brasileño, abogado y profesor, conocido por su profunda vida de fe y apostolado en el Opus Dei. Destacó por su alegría, espíritu de servicio y testimonio cristiano en la vida cotidiana. Su causa de beatificación está en proceso.

[31] Maria Zoê Bellani, Lyra Espindola, *No caminho da santidade. A vida de Marcelo Câmara, um promotor de justiça*, Cia do eBook, 2020, 69. La traducción es nuestra.

[32] Arturo Álvarez Ramírez (1935-1992) fue un ingeniero químico y profesor mexicano, reconocido por su dedicación a la docencia en la Universidad de Guadalajara durante más de treinta años. Destacó por su amabilidad y disponibilidad hacia todos. Su proceso de beatificación se inició en 2021 en Guadalajara.

[33] Javier Galindo Michel, *La vida plena de Arturo Álvarez Ramírez*, Minos, Ciudad de México 2018, 71.

[34] San Josemaría, *Camino*, n. 120.

[35] San Josemaría, Apuntes tomados de una reunión familiar (1967), recogido en José Luis Illanes (coord.), *Diccionario de San Josemaría*

Escrivá de Balaguer, Monte Carmelo, Burgos 2013, 490.

[36] San Josemaría, *Camino*, n. 28.

[37] El matrimonio formado por Tomás Alvira (1906-1992) y Paquita Domínguez (1912-1994) fue un ejemplo de vida cristiana en el matrimonio y la familia. Miembros de la Obra, vivieron su fe con alegría, sencillez y espíritu de servicio, procurando transmitir la fe a sus hijos y a quienes los rodeaban. Su proceso de beatificación está en curso.

[38] Hilario Mendo, *El secreto de los Alvira. Un ejemplo de amor matrimonial*, Palabra, Madrid 2023, 29.

[39] Mons. Fernando Ocáriz, *Carta pastoral* del 28 de octubre de 2020, n. 22.

[40] Hilario Mendo, *El secreto de los Alvira. Un ejemplo de amor matrimonial*, Palabra, Madrid 2023, 116.

[41] Toni Zweifel (1938-1989) fue un ingeniero suizo, conocido por su labor en la Fundación Limmat, dedicada a promover proyectos de desarrollo y educación en todo el mundo. Destacó por su profunda vida de fe, espíritu de servicio y confianza en Dios, incluso durante su enfermedad. Su causa de beatificación está en proceso.

[42] Agustín López Kindler, *Toni Zweifel. Huellas de una historia de amor*, Rialp, Madrid 2016, 140.

[43] Cfr. *ibidem*, 33.

[44] *Ibidem*, 51.

[45] José Ortega y Gasset, *La elección en amor [Revelación de la cuenca latente]*, en *Estudios sobre el amor*, Revista de Occidente, 8^a Edicion, Madrid 1952, 92-99.

[46] Pedro Ballester (1994-2018) fue un joven británico, conocido por su fe profunda y alegría en medio de la enfermedad. Era numerario del Opus Dei. A pesar de ser diagnosticado con cáncer a los 17 años, afrontó su

sufrimiento con fortaleza y confianza en Dios, inspirando a quienes lo conocieron. Su causa de beatificación está en proceso.

[47] Jorge Boronat, *Pedro Ballester. ¡Nunca he sido más feliz!*, Cobel, Murcia 2022, 19.

[48] San Josemaría, *Camino*, n. 419.

[49] José Miguel Pero-Sanz, *Isidoro Zorzano*, Palabra, Madrid 1996, 203.

[50] Anton Wildgans, en Wenceslao Vial, *Psicología y celibato*, en Juan Luis Caballero (ed), *El celibato cristiano*, Palabra, Madrid, 2019, 183.